LOS CUERPOS PENETRABLES
O LA PINTURA ANTROPOSCÓPICA DE ARTURO RIVERA

1.

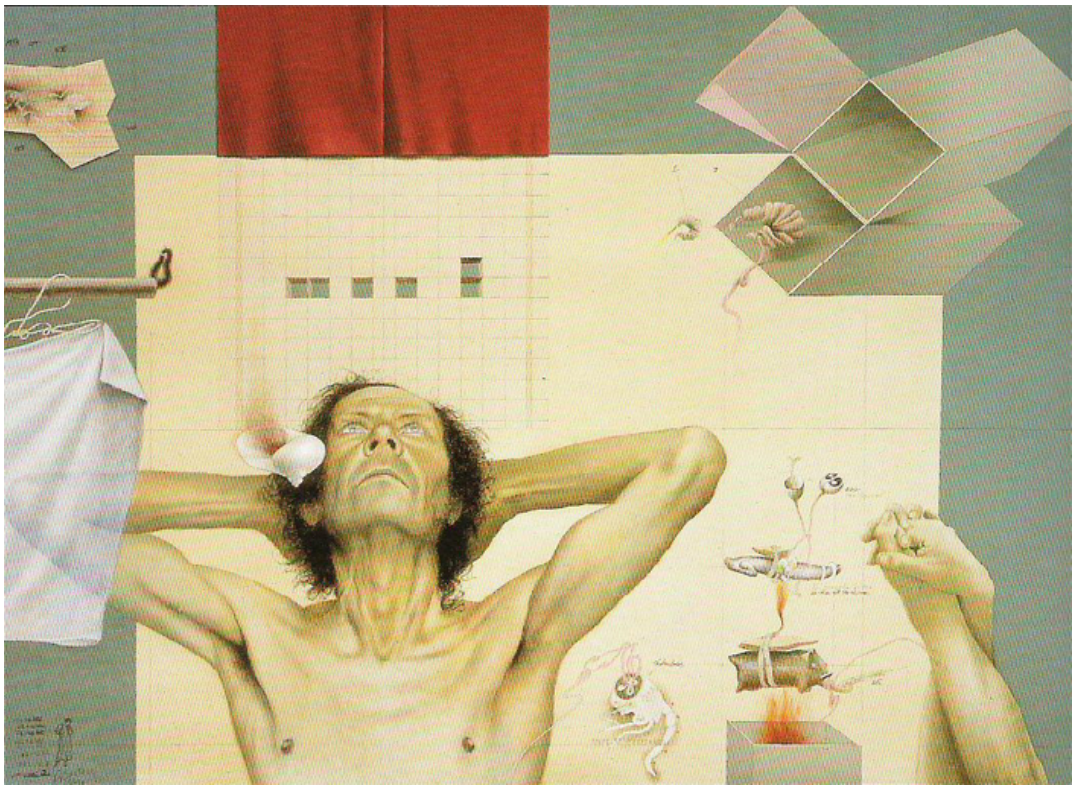
¿A quién o qué miran estos hombres y mujeres soberbios, estos adolescentes bellísimos y atónitos, estos ancianos sujetos aún a los caprichos del deseo que una conciencia fulgurante ha imaginado, vertiginosamente, *como muertos.?* ¿Qué *ve* en ellos la implacable mirada del pintor?

Frente y en torno a nosotros se despliega un espacio de extendida violencia, un repliegue del tiempo cuyo hosco, crispado reflejo aparece, hecho materia, en los cuadros de Arturo Rivera. Arte que muestra sin equívocos la naturaleza de las relaciones entre los estímulos y los instintos —en interpenetración constante—, la pintura de Rivera es, en primer término, un fenómeno *visible*. La claridad, la concisión palpable de los objetos y los seres está exaltada por la intensidad, por el arrobo flagrante de sus expresiones. Se diría que el pintor los ha captado en el instante en que una fuerza suprema va a arrebatarlos. Los contemplamos contemplar el poder de una presencia abrumadora: ¿el acto de observarlos?

Estamos ante una verdadera teoría sensible de las representaciones recíprocas. Obras que son el análisis, desde el punto de vista ideal (que es el de la muerte), de las proporciones, funciones y reflejos de los cuerpos, esos maravillosos instrumentos, y su posición en el espacio —*pintados*.

Todo en estas imágenes es inquietante: rostros, objetos, actitudes, el lugar en que ocurren. ¿Dónde están los personajes de estos cuadros? ¿En qué sitio de qué sueño o qué pesadilla se desplazan? Viéndolos tenemos la sensación de que algo imprevisto (y seguramente atroz) va a sucederles.

Rivera revalora el concepto de situación: emplaza a seres y cosas desde la óptica de una incisiva sensibilidad racional. Expuestos como en un frotis bajo una luz impía en ámbitos que a un tiempo los constriñen y los volatilizan, los cuerpos de sus modelos se ofrecen a nuestra mirada desposeídos e indefensos, como las víctimas de un rito propiciatorio a punto de su inmolación.



Fuego

Cada ser, cada forma existen en tanto que en ellos se manifiesta la inminencia de una ruptura entre vida y organización. Los cuadros de Rivera son a la vez conclusiones y enigmas sobre la constitución de las formas, sobre la disposición interna de los órganos y los organismos, sobre las afecciones de los miembros a partir de las emociones, y su inevitable disolución. Pintura antroposcópica: Rivera perfecciona el arte de observar. Su concentración en el ser, la crudeza de su indagación visual, le ha permitido crear obras que son una suerte de atisbos de la condición deleble de la vida: testimonios de la intrusión del tiempo y de nuestra enmarañada y lúcida capacidad de percibirlo.

Desde una muy ardua distancia interior; a cada paso el artista observa con mayor precisión, con cada trazo afirma su dominio sobre la materia de su contemplación. Su filosa mirada opera como un escalpelo, abriendo, tajando, traspasando las acumuladas capas del ser, indagando en los activos pormenores de la carne, separando las nervaduras de la sensación, figurándolo, fijándolo, dejando constancia de esa labor desapacible. Rivera corporifica, con minuciosidad y destreza extremas, la ubicua e irreductible sustancia del dolor.

Quien así mira ha percibido la modificación de las relaciones de penetrabilidad de los cuerpos, —del alma y del mundo, y sus transiciones. Una visión extensora de la noción de sentido que organiza, con violencia o lento desprendimiento, pulsiones y estímulos y fija, como en una una sustancia fluida y sintética, una sucesión de significados que sin cesar se intensifican unos a otros. Se trata sin duda de un arte compuesto, hecho de aproximaciones y alejamientos, de asociaciones y rechazos, en parte a través de las formas, en parte a través del espacio; un arte concebido con todo el poder de los fenómenos naturales: la plenitud muscular, la fuerza y el equilibrio de tensiones, de los rasgos, de la naturaleza de la piel, de la constitución incluso del sentimiento. Fisiología plástica: el cuerpo contemplado como un utensilio. ¿Para llevar a cabo qué función?

El secreto de la inmortalidad

2.

La vida, como la enfermedad, nace de una interrupción, de una limitación impuesta al contacto: existimos en la medida en que cesa la secuencia del mundo. Toda enfermedad, toda vida no tienden sino a ser simultáneas. En los cuadros de Arturo Rivera, emblemas de una *patología superior*, objeto y sujeto surgen conjuntamente. Las cosas en reposo son cosas flotantes (La muerte es el centro de todas las enfermedades.)

La dolorosa

Cuerpos vivos, unidades superiores de materia y movimiento. Piedras, plantas, frutos, animales; tejidos, órganos y sistemas; artefactos en sus efectos puros: sondas, sábanas y lienzos; junturas; el amasijo de las vísceras, los miembros ondulantes, ástiles o remeras: alas, huesos, miembros, torsos, rostros: máscaras flotando en la profusa atmósfera de habitaciones ¿o son más bien quirófanos? cuyo desnudo, escrupuloso mobiliario agrava la medida del ojo.

He aquí el rigor de los cuerpos penetrables: de los perspicuos cuerpos traspasados. Como la figura de los contornos de una cuerda vibrando que se propaga en el silencio, Rivera crea indelebles imágenes de la irritación. (La irritabilidad, escribió Novalis, es una fuerza repulsiva.) Un estímulo al requerimiento.

3.

La individualidad, la cesión al espíritu, como en todo gran arte, ha devorado a la sistematización. La mirada se despliega en una multiplicidad de momentos, planos y perspectivas (la línea aquí no sólo demarca: hiende; el color nace de la ruptura, o la interrupción, del movimiento; las figuras existen merced a una torsión del espacio), para desembocar en un reconocimiento de la naturaleza: despótica e innumerable.

Y la muerte, que puede no ser más que la cesación del intercambio entre el alma y el mundo, esas dos magnitudes infinitas cuyo producto es el cuerpo, irrumpe en esta obra como la cifra de la solicitación.

Fuerzas y pensamientos que el artista aplica a un ámbito donde los ojos cortan como manos, las manos flotan como plumas, las plumas pesan como huesos, los huesos pasan como sombras…

El arte de Arturo Rivera se hace cada vez más libre y más amplio, más denso y más rico. Más terrible también. Un arte determinado al mismo tiempo por sí y por el objeto, pero sin restricciones recíprocas. Su fidelidad a la forma lo resguarda de lo arbitrario; su descarnada fascinación por la carne le (nos) provoca el asombro. En todas partes en sus cuadros parece haberse activa esta contradicción: la fuerza corrosiva del placer y el desagrado. Una exigente noción de anhelo cristalizada en obras que, como el tiempo, entrañan una duración absoluta.